



Vida de SAN
FRANCISCO
DE ASÍS

Y un prólogo político

Álvaro Pombo

Ariel

Álvaro Pombo

Vida de san Francisco
de Asís

Ariel

1.ª edición: marzo de 2015

© Álvaro Pombo, 1996, 2015

© Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2015: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-1953-7

Depósito legal: B. 2.483 - 2015

Impreso en España por BookPrint Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

<i>Un prólogo político a san Francisco de Asís</i>	11
I. Por el camino de la hermana muerte	25
II. La canonización como desactivación	49
III. Por los caminos de la realidad y el deseo	57
IV. El desalejamiento	71
V. Los parecidos del buen hermano menor	77
VI. La fraternidad al principio (1206-1209)	85
VII. Santa Clara y san Francisco: familiaridad y familiaridades. La educación de la atención del hermano menor	103
VIII. El cuarto Concilio de Letrán (1215): Francisco y el misterio de la Iglesia	117
IX. Ante el sultán de Babilonia: una acción simbólica	127
X. La dimisión (1220)	133
XI. La complejidad de la sencillez	147
XII. Mirada que aún retiene las cortezas y la brillante memoria de un milagro (1224)	163
XIII. ¿Cómo contarlo todo?	169
XIV. <i>Un epílogo tranquilo</i>	179

I. POR EL CAMINO DE LA HERMANA MUERTE

Constantemente, los cuatro pasamos de un lugar a otro. Y sólo hay dos lugares, todo el universo dividido en dos partes: el interior, la celda donde yace el hermano Francisco, cubiertos los ojos para evitar el daño de la luz, el tenue resplandor del día de abril que empieza ya a alargarse por las tardes, hacia el verano inmenso, con sus eras, sus trillos, el bálago que acarrean los altos carromatos por los caminos resecos de la Umbría. Ahora, en abril, todos sabemos que ha empezado el fin de quien fue nuestro padre y madre y hermano durante estos veinte instantáneos años que acababan de pasar. Y el hermano Francisco, ciego, doliente, en el catre donde pasa el día. Es un interior, nuestro interior, adonde vamos y de donde venimos, ahí entramos y de ahí salimos, al otro único lugar que hay y que es el universo entero: el exterior, la primavera brillante, achubascada, de altos cielos muy fríos aún, lejos aún de mayo y junio, en el filo de la escalofriada primavera del mundo. En el exterior nosotros cuatro, y dentro nuestro interior, el único interior, la celda donde yace incurablemente enfermo, y ciego casi, el hermano Francisco. Nos turnamos durante todo el día y toda la noche para que nunca le falte compañía. Ahora hablamos poco entre nosotros, porque sólo nos reunimos en su celda, en su interior, en el interior de nuestra inspiración

religiosa y nuestras vidas, donde yace moribundo en su catre, en esta ermita de Alberino, cerca de Siena. Anoche creímos que se moría cuando tuvo el vómito de sangre. Le rodeamos, le pedimos la bendición. «Bendícenos», sollozábamos. Retrocedíamos al interior de nuestra niñez, al rincón del sollozar, a los escondrijos de los animales domésticos, en los caseríos donde nacimos, en los corrales de nuestras casas, los establos donde echábamos de niños las siestas, donde cocean las mulas contra el dintel de la conciencia, la huidiza conciencia que se aduerme y que solloza y que se aferra a ese resto de conciencia de nuestro fundador, que se concentra en su mano alzada y en su bendición, una acción mínima que se disuelve en el aire, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Nos tranquiliza la llegada del hermano Benito, el sacerdote, que es parte del exterior. A diferencia de nosotros —que sollozamos aññados, inservibles, incompetentes, temerosos de la proximidad de la hermana muerte, que no es alegre sino ciega, sorda y muda, la hermana insufrible que se nos echa encima—, que no estamos en condiciones de escribir nada, ni siquiera las pocas frases que deseábamos escribir para recordarlas siempre, las que pronuncia el hermano Francisco. Por eso le encarga al hermano Benito que escriba: Escribe cómo bendigo a todos mis hermanos, a los que están con nosotros ahora y a todos los que estarán con nosotros hasta el fin de los tiempos. Y tiene que ser brevemente, a causa de la debilidad de mis ojos y del dolor, que no tengo ni fuerza para hablar, hermano, nada más tres frases para declarar mi voluntad: que en recuerdo de mi bendición y de mi testamento se amen siempre unos a otros, que amen y guarden siempre la Santa Pobreza, nuestra señora, y que sean siempre fieles y permanezcan siempre sujetos a los obispos y a todos los clérigos de toda la Santa Madre Iglesia.

Como si las palabras, que siempre habían tranquilizado a los animalillos que nos rodeaban, nos tranquilizaran ahora a nosotros y a él mismo, adormeciéndonos, con la esperanza puesta en el Señor y en una mejoría, una prórroga todo lo larga posible antes del incomprensible fin de la vida del hermano.

Era como volver al principio tener al hermano allí, tendido, dependiente de nosotros. Nos recordaba a todos cómo empezamos a seguirle, dispuestos a obedecer, a escuchar y cumplir su voluntad sin pararnos a discernir si el mandato era justo o injusto, porque pensábamos que todo mandato era conforme a la voluntad del Señor. Ahora, otra vez, al final, nos sentíamos arraigados y fundados en humildad y caridad, nos alegrábamos de continuo en el Señor y no encontrábamos dentro de nosotros motivos de tristeza. Sólo que sí había motivo de tristeza y al mismo tiempo no lo había, ensimismados en la enfermedad y en la alegría del hermano, igual ahora que al principio, entregados a la voluntad de Dios sin planear nada más allá de las obras del día y de la noche, vivíamos al día en compañía del enfermo, del moribundo Francisco. Le cuidábamos y rezábamos y cantábamos y hablábamos. Recordábamos cómo el hermano había preguntado muy al principio: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Y el Señor había respondido: «Vuelve a Asís y espera. Que yo te indicaré lo que debes hacer.» Tampoco ahora sabíamos qué hacer, sólo esperábamos, y nos parecía a todos que habíamos logrado ya la gracia de la mortificación y del silencio en tal grado que no necesitábamos hacernos violencia para reprimir las inclinaciones de la carne. Ninguna tribulación, ni siquiera la muerte, podía abatirnos ahora, en aquel interior que era el camino de la Hermana Muerte.

Pero la muerte, no obstante ser una hermana sigilosa y velada, era diligente y discurría de continuo nuevas y nue-

vas señales de sí misma en el cuerpo deshecho del hermano Francisco, como si la privación de la vista que sufría el hermano encegueciera también nuestro sentido del espacio y del tiempo y del movimiento corporal, contagiándonos. No sabíamos qué hacer. Orábamos y confiábamos en la voluntad de Dios.

Una mañana muy temprano, acabado el rezo de maitines, oímos afuera un gran estruendo, ladridos de perros y el copioso pateo de las caballerías. La voz múltiple de las herraduras en el camino pedregoso. El hermano preguntó qué ocurría afuera. Salimos de la ermita para descubrir cómo, monte arriba, ya casi a nuestra altura, se acercaba a lomos de mulas un grupo de hermanos menores. Los reconocimos por sus capuchas picudas, y de inmediato vimos la cabeza rizada y vivaz del hermano Elías Bombarone. «¡El vicario general!», exclamó el hermano Maseo, y todos rodeamos su cabalgadura y nos arrodillamos para recibir su bendición. Nos sentimos desbordados y absortos, confundidos con los hermanos recién llegados, desbordados como por un mandato, por el paso enérgico del hermano Elías, que, tras bendecirnos, se dirigió hacia la ermita y entró solo en el cuarto de Francisco. Salió al cabo de un rato y ordenó trasladarlo a Asís con todos los miramientos necesarios. Ahora ya era todo exterior, ahora era todo acción, todo estaba decidido ya, planeado ya, el largo viaje, el cuerpo casi ingravido del hermano, hinchándose más y más a medida que avanzábamos. Nos detuvimos en la ermita de Cella, cerca de Cortona. Se decidió evitar la ciudad de Perusa, que se encontraba en la ruta de Asís, temiendo que los agitados perusinos no respetaran al enfermo. Y nos sorprendía, a nosotros cuatro sobre todo, la rotundidad con que todos los hermanos del cortejo del hermano Elías hablaban del bienaventurado Francisco —que aún vivía— como si ya hubie-

se muerto y fuesen ya sagradas reliquias recortables sus miembros, sus sandalias, sus cabellos, su desgastado hábito, su almohada. Porque para nosotros resplandecía el cuerpo aquel tanto como su alma, y era indivisible y no era parte ni botín de nadie. Y si era sagrado era por estar ya en las manos del Señor.

Así tuvo que sufrir la insufrible broma que gustaría riendo un cierto hermano días más tarde: yacía Francisco en el palacio episcopal y le preguntó: «¿Por cuánto vendes tus sayales al Señor, hermano?» Y añadió una coletilla, bienintencionada quizá, que a nosotros nos sonó a payasada envidiosa, a comentario triste, de los que dejan mal gusto en el corazón: «Muchos baldaquines y paños de seda se alzarán y se extenderán, hermano, sobre este tu cuerpo, vestido ahora de saco.»

Fuimos por apartados senderos para evitar Perusa, hasta que, llegados a Nocera, nos recibió, venida de Asís, una escolta armada. Y también una estúpida multitud delirante. Avanzábamos rodeados de guerreros. Una vez en Asís, el cortejo que nos arrastraba —como una riada exultante y equívoca, una ebriedad colectiva, contagiosa, que retumbaba en las estrechas calles como en los pasadizos de las cuevas, un vocerío laudatorio que ensombrecía el firmamento— se detuvo ante el palacio episcopal. Adormilado el hermano, sólo se dio cuenta de dónde se hallaba cuando le trasladamos de las parihuelas al alto lecho. Nos arremolinamos a la puerta de la estancia sin separarnos ni avanzar, como criados, éramos criados, hermanos menores, éramos lo que el hermano Francisco quiso que fuésemos. Nuestros sayos hedían tras el largo viaje a pie rodeando al hermano, el sol de agosto, el polvo, el frescor ahora de las altas estancias episcopales, las vidrieras emplomadas con sus hagiografías vitrificadas, verdeantes, azuleantes, ambarinas. A dife-

rencia de los que llegaron con el hermano Elías, que en su mayor parte habían viajado en mulas, nosotros fuimos andando, y ahora nos ardían los pies. Estábamos hechos a las cabañas y no a los palacios, a los campos y no a las viviendas, estábamos hechos a la firmeza del firmamento estrellado y no a las techumbres. Anónimamente doloridos como perros, nuestros hábitos andrajosos ahora se nos pegaban a la piel. El hermano Francisco pareció de pronto recobrase, porque exclamó: «¡Este palacio no es mi sitio!» Le convinieron —no nosotros— de que era mejor esperar la llegada del médico, y también esperar a que se calmaran los ánimos: había un enfrentamiento entre el obispo Guido y el *podestà* de Asís, Opórtolo. El enfrentamiento era también parte de la exaltación librada como una bestia entre los ojos y las calles y las plazas de Asís, entre las viviendas y las capillas, el lobo incontrolado del enfrentamiento y de la excomunión del obispo al *podestà* Opórtolo, la insensatez que parecía más firme y duradera que la piedra en que fundó Cristo su Iglesia. Aquella locura inferior, la verdadera sinrazón que era el fondo también de la santa sinrazón, se contraponía a la alta locura del *novellus pazzus*, el nuevo loco, el hermano. Ahora, entreabriendo los ojos en su lecho de sábanas resbaladizas y cojines de borlas, de pronto parecía enterado de todo. En cualquier caso, nos pareció que ahora, como tantas veces antes, el ciego veía con más claridad que los videntes: mandó que dos hermanos fueran al encuentro del obispo y del *podestà*, y que les cantaran el *Cántico del Sol*, al que ahora había añadido: «Loado seas, mi Señor, por los que perdonan por tu amor y soportan enfermedad y tribulación. Bienaventurados los que la sufren en paz, pues por ti, Altísimo, coronados serán.» No obstante hallamos sobrecogidos por aquella ocurrencia del hermano, la aceptamos con naturalidad: nos parecía natural que, con sólo el auxi-

lio de su autoridad imperceptible, mandara llamar al *podestà* y al obispo, quienes, al moverse, removieron cada cual por su parte al gentío ya removido que cada cual capitaneaba a su modo, con la excomuni3n o con la espada. Todo el mundo en la calle, pendientes del enfrentamiento y del moribundo. Ah3, en los mercadillos y en las calles, en las plazuelas, olvidadas quedaron las cestas de ciruelas y de guindas, los relucientes manojos de cebollas y zanahorias, y los quesos de oveja y de cabra y las garrafas de miel, y las gallinas cacareando en sus jaulas, para seguir todos las opuestas banderas: los carpinteros, los herreros, los tundidores, los albañiles de caras encaladas que bajaban de los andamios para tomar parte en el imprevisible acontecer que se avecinaba. As3 un gran gentío se arremolin3 en la plaza del Vescovado, donde diecinueve a3os antes el irrazonable Francisco hab3a devuelto a su padre sus ropas y hab3a quedado ante el obispo desnudo. Conoc3amos As3 como la palma de la mano, las casitas en cuesta, las calles pedregosas que los nublados de est3o convert3an en torrentes furiosos. Dos de nosotros bajamos a cantar, y los dem3s nos miraban. Y dec3amos entre nosotros: «Es imposible, por m3s que cantemos, que se reconcilien: al contrario, se irritar3n m3s con los c3nticos.» Pero a la vez esper3bamos lo inesperado: por eso lo reconocimos cuando se instal3 entre nosotros. Esper3bamos lo inesperado, pero incluso al cantar murmur3bamos y nos pregunt3bamos bisbiseando entre dientes: ¿cambiar3n las alondras la estirpe de las almas? Pues no, como no sea un milagro, y no puede haber a cada triquitraque milagros, ser3a Dios caprichoso, ser3a Dios; tontiloco si fuesen al detalle los milagros. No tiene Dios esa clase de sentido com3n, el Dios banderizo, fronterizo, un falso Dios. S3lo un Dios de hojalata har3a ahora un milagro por mediaci3n del hermano Francisco. Pero nos hab3a mandado que cant3ramos, y

cantábamos, las estrofas binarias pensadas para hermanitos menores, de dos en dos las estrofas, los hermanos, los ángeles, los seis pares de alas de oro de los serafines, de dos en dos, nuestra voz repetitiva y no cuerda del todo, porque se desafinaba, y como cantar requería recordar las estrofas y entonarlas y ponernos delante de la multitud y hacer movimientos como en un teatrillo, ambas manos frías y piadosamente en oración, y debajo de las capuchas nuestras cabezas confiaban, aunque apenas los veíamos. Oíamos a la multitud, que decía: «Éstos cantan, ¿qué cantan?» Hasta que de pronto, desde dentro del vientre del anónimo corazón de los reunidos en la plaza del Vescovado, empezó a brotar como una yerba fina muy clara un murmullo que nos copiaba, fascinado, imantado, cada vez mayor, que crecía, un tallo cada vez más verde, más claro, más alto. Las poderosas hojas de todas las voces de aquellos que cantaban lo mismo que nosotros. Y levantamos los ojos del suelo porque no dábamos crédito a los oídos sordos y miramos a todos los de Asís, y delante de todos el *podestà* y el obispo, que cantaban con cara de bebés haciendo pucheros, como dos grandes bestias de Gubbio. Y el *podestà* se arrodilló ante el obispo, y el obispo le levantó como un monicaco y se perdonaron de pronto, reconciliados en el nombre de Dios por mediación del hermano Francisco, que nos oía desde su lecho atravesado por los rayos del sol del mediodía. Y de nuevo era otra vez como al principio, así fue como fue, como ahora. Por eso nos unimos un día a él: para causar sensación y conmover los corazones a sabiendas de nuestra indignidad, no importaba, cantábamos y predicábamos todo el tiempo lo mismo, sentados entre los leprosos como ángeles, nosotros, los milagrosos hermanos indoctos y estúpidos, hacíamos penitencia y rezábamos y llorábamos y reíamos, y con nosotros se reían los locos y las putas y los mariquitas y los

guardias y las damas de honor y también las alondras, que se parecían a nosotros, por lo menos por fuera, según el hermano Francisco solía decir: «Nuestra hermana alondra lleva un capuchón como nosotros y es una avecilla que va por los caminos tan contenta en busca de unos granos. Y donde los encuentra, aunque sea un estercolero, ahí los come. No se para en pelillos la alondra, no es fina, es común. Y se parece a nosotros la alondra, ¿a que no sabéis en qué se parece? En el color del plumaje, que es como el color de la tierra parda del hábito.» Y así fue aquella tarde. Porque ya atardecía entre sollozos y perdones y cantos y cestas volcadas y gallinas robadas aprovechando los prodigios que el Señor tuvo a bien hacer aquel día en la tierra. Porque ya era el atardecer y era el sábado. Dentro de poco llegaría el momento en que Francisco habría de pasar al Señor. Para colmarnos, para contradecirnos, vinieron todas las alondras en bandadas que volaban al rape del tejado del palacio del señor obispo, donde el hermano yacía, y cantaban y trinaban y pensábamos que todo volvía irreprimiblemente, como en los sueños, la locura intacta del hermano Francisco: el imitador de Jesús, el Cristo, el Hijo del Hombre, el que no tenía ni un mal cabezal del ganado donde reposar la cabeza, el que vivía peor que las raposas, que ya es, sin madriguera.

El doctor Bongiovanni sólo confirmó lo que se veía ya, la pleamar, la muerte que nos anegaba a todos, incontenible a pesar del alborozo de Francisco. Casi desenfadado, preguntó al doctor: «Dime la verdad, Bembegnato.» Se vio —ahora que directamente le preguntaba— que el médico retrocedía acobardado ante lo que era ya una redundancia, porque el propio hermano lo profería por sí solo y nosotros también con él. Fingió el hermano Francisco en nuestra opinión no tener hasta ese momento noticia ninguna de la proximidad de su muerte, movido quizá por el afán de con-

ceder al médico, de este modo, la importancia que su propia profesión le confería. «¿Cuándo crees tú que por fin voy a morirme?, Bemegnato, dime la verdad.» «Puede haber aún mejoría, nunca se sabe, con la ayuda de Dios...», contestó el doctor. «Ésa no es la verdad —dijo el hermano—, aunque no sea tampoco una mentira. —Entonces Francisco, en uno de sus prontos, añadió—: Di lo que tú piensas sin rodeos, sin paños calientes.» «En mi opinión vivirás hasta finales de septiembre o primeros de octubre», dijo el doctor. Es decir, faltaba como mucho un mes, o mes y medio, si el médico estaba en lo cierto. El hermano exclamó entonces: «Bien venida seas, Hermana Muerte.» Ahí fue cuando, por primera vez, oímos asombrados la inesperada estrofa canturreada. El hermano Francisco tenía la voz achicada por la desnutrición que acabó con su vida, pero cantaba, no recitaba, canturreaba una nana, como acunándose a sí mismo: «*Laudato si, Misignore, per sora nostra morte corporale, da la qualle nullu homo vivente po skappare...*» Pero era terrible oírle cantar y acunarse con aquella estrofa-nana. Y viéndonos a nosotros llorar amargamente y lamentarnos, nos dijo: «Cuando me veáis a punto de expirar, ponedme desnudo sobre la tierra, como me visteis anteayer. Y dejadme yacer así, muerto ya, el tiempo que hace falta para andar despacio una milla.» Y no contento con canturrear él mismo, nos animaba a hacerlo a nosotros también, sabiendo que, sin darnos cuenta, la concentración en el *Cántico al hermano Sol* nos ahorraría algo de tristeza. Y nosotros cantábamos armando quizá más ruido del indispensable. Hasta que entró en tromba el hermano Elías, arremangadas las sayas al andar para no tropezarse, y la cara muy pálida, mandándonos callar, como si el escándalo que armábamos fuera un escándalo que dábamos al cuerpo de guardia o a la gente de Asís que merodeaba por la plaza. «Muy moribundo no estará, pensarán, si nos

oyen canta que te canta. Y de santo nada, dirán», dijo Elías. Y es que, para el hermano Elías, la santidad tenía que ser forzosamente solemne, y la muerte forzosamente lúgubre. Porque en su fuero interno, ya el hermano Elías veía a Francisco coronado de gloria entre los ángeles y los santos, y la gran ceremonia que, efectivamente, tuvo lugar dos años después de la muerte, en Roma. Pero la gran ceremonia estaba siendo ahora. Las estrofas del hermano se cantaban con las manos y los pies, dando palmas para no perder el hilillo de jaculatorias populares, letrillas populares, que tenían. Por eso se diría con razón, años más tarde, acerca de Elías: «Sí, aumentaste los hermanos, pero acabaste con la alegría.» Como era consciente de que le quedaba poco tiempo, dijo Francisco: «Debo ahora repetiros todo con muy pocas palabras, porque aunque no debéis glosarlo —y no es la Regla— si lo leéis, con frecuencia os servirá como repaso de la vida que decidimos adoptar.»

Se sentó frente a él, junto al lecho, el hermano León, en un taburete, para tomar el dictado. Nosotros nos arrodillamos a los pies de la cama, a ratos sentándonos sobre los talones o apoyando la cabeza en el grueso panel de madera. El hermano Francisco yacía, incorporado a medias, sobre los almohadones, y en la habitación sólo había la luz del verano que declinaba ya y una vela gruesa cuya llama encendida se alzaba como un fuego fatuo en la superficie de un pequeño lago de cera derretida. Y que, con ocasión de un movimiento cualquiera del pergamino, o nuestro, se inquietaba como un símbolo del espíritu vacilante del bienaventurado. Se oían los aleteos polvorientos de las mariposas de la luz. Se oía, sofocado por las cristaleras emplomadas, el tránsito de madera de los carros, y los vecinos que ya se recogían y que probablemente hablaban del hermano y de nosotros en el alto dormitorio episcopal, asustados e inútiles, porque

la muerte del hermano Francisco era como una extensión de tiempo vacío, insulso, para rellenar como un formulario, el tiempo de los deberes pendientes. Entonces, como de pronto en la memoria se encadenan una tras otra las señales y todos los signos y todos los pasos que velozmente hacen presente al corazón lo recordado, se oyó la voz vehemente aunque debilitada del hermano, precipitándose, como en sus sermones, de cosa en cosa. La elocuencia ilativa y monótona del bienaventurado era ahora como un nevero incesante, el claro resumen de su vida contenido en su muerte como una semilla en un gigantesco nogal. Y dijo: «Hermano León, hermano mío, ten cuidado con el tinterillo, no vayamos a desprestigiar las baldosas del suelo del señor obispo y quedar peor que mal.» Y el hermano León no le entendía y tuvo que repetir lo mismo, de tal suerte que lo que tenía que copiar y las palabras amigables de Francisco se intercalaron en nuestros oídos en una trama indisoluble, porque entre esas palabras y lo que predicaba el hermano no había diferencia tonal, era todo un continuo, una misma urdimbre el habla hablada y el habla predicada. No distinguíamos bien a veces si hablaba o si predicaba, pues lo hacía con la misma vehemencia. No era capaz de adoptar ahora, en el dictado de su propio testamento, una entonación diferente de la que utilizaba para hablarnos a nosotros o a la gente que le seguía. Así que las primeras palabras sonaron como las cosas de siempre, aunque no lo eran: «El Señor de esta manera me dio a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia, porque como estaba de joven en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos, y el Señor mismo me condujo entre ellos e hice misericordia con ellos, y apartándome de ellos lo que me parecía amargo me parecía dulzura del alma y del cuerpo. Y después me detuve un poquito y salí del siglo...»